

Estremecimientos nuevos de la poesía americana: Pablo Antonio Cuadra

Salvador Lacayo S.

Una de las cosas que se palpan al observar de cerca la vida contemporánea, al estudiar la situación real de nuestra América, a la que Giovanni Papini llamó "CONTINENTE DE LA POBREZA SUJETO A TODOS LOS IMPERIALISMOS", es precisamente la inversión de los valores internacionales, es la transformación del mundo por la creación de nuevas corrientes intelectuales. Esta América, nuestra por el esfuerzo de sus hijos, por el desarrollo de su riqueza material, por el avance lento y constante de la cultura, debe adquirir una independencia y una personalidad propias, que den valor sustantivo y decisivo a esta porción del planeta. ¿No es legítimo que quienes somos ambiciosos para nuestro continente aspiremos a que éste afirme sus destinos sobre una base distinta a la del genio de Europa, luminoso, creador y tantas veces sublime?

El distintivo capital de América ha sido durante más de un siglo de vida independiente la nerviosidad impulsiva, el sentimentalismo infecundo, la movilidad espasmódica, la incertidumbre sobre nuestros caminos y sobre nuestros destinos. De aquí que haya cuajado en el espíritu de todo hispanoamericano un sentimiento de impotencia, de melancolía irreflexiva como si estuviéramos destinados a una irremediable inferioridad delante de otras razas más frías y aparentemente mejor dotadas.

Selectos espíritus adivinaron en el curso del siglo XX —de Sarmiento a Montalvo— el grandioso destino de América; pero el sentimiento dominante de impotencia, de cansancio y de hastío, creaba entre nosotros una atmósfera irrespirable. A todo esto se agregaba la falta de solidaridad, sin la cual faltaba la conciencia del continente. Muchos escritores, Rodó fundamentalmente, han tratado de crear esa conciencia. Comprende que la palabra artística es el más formidable lazo de unión entre las partes del Todo Americano. Tales escritores han pensado bien y han cosechado fructíferos resultados. Espíritus como los de Rodó, Nájera, Martí, Vallejo, de Andrade, Pablo Antonio Cuadra y otros, frutos selectos y casi únicos de las letras auténticamente americanas, son justamente el tipo humano que más necesita América.

He mencionado a Pablo Antonio Cuadra, cuyo mensaje poético, de raíces profundas en la contemplación de la Naturaleza, rompe los diques

de la influencia eurásica y se desborda plena sobre la virginidad de nuestro suelo, clamando por la participación del indio en la síntesis de la grandiosa y soñada cultura americana. He hablado de hombres que, por el valor moral y por la fortaleza de ánimo, pueden servir de ejemplo a las actuales generaciones, educadas en un ambiente social transaccional y conformista, blandas y sumisas, incapaces de reaccionar porque el medio y la inercia les atan las manos y la lengua con oprobiosas cadenas. He hablado de poetas, cuya poesía tiene ganada una posición definitiva que ni la muerte alcanzará a destruir por lo vital y por lo humana. ¿Hombre, Poeta, Poesía he dicho? ¿Qué significado encierran esos términos tan familiares al vulgo? ¿Qué dicciones los definen?

Resulta harto complicado, más aún, imposible, hacer distinciones entre el hombre y el poeta. El poeta es un hombre total, vinculado estrechamente a la tierra y al clima donde vive, capaz de sentir profundamente todas las sensaciones del ambiente. En él la poseía se revela por un don gratuito que Dios no entrega a todos los mortales y, por tal motivo, todo intento de penetrar en ello, es menester hacerlo a través del poeta. Sumergirse en el mar de la poesía únicamente con la escafandra del pensamiento abstracto, es tan absurdo e ilusorio como querer asir el aire o explicar la belleza de las esculturas griegas por el análisis químico de su mármol.

El poeta nace para el conocimiento, con profundas intuiciones, mas su capacidad cognoscitiva es difícil describirla por cuanto se mantiene en perpetua movilidad, en vida que permanentemente se transforma. En el misterio de la poesía, sólo podemos limitarnos a describir aspectos, fenómenos, visiones parciales, y a profundizar en alguno de ellos, mas el misterio permanece, porque somos incapaces de asir en una forma total su realidad absoluta. Consecuentemente, es el poeta, o el alto escritor los que nos deben llevar hasta los umbrales de la revelación; es su propia vida la que nos puede entregar el resplandor que ilumine nuestras limitaciones. Y el poeta ha de ser un poeta nuestro, con los pies bien afirmados sobre los pueblos de esta Amérindia que nos ha tocado en suerte habitar. Porque ha llegado la hora de iniciar nuestro descubrimiento, para situarnos, para modificarnos, para recrearnos. No debemos seguir creyendo que entre nosotros no existen materiales valiosísimos para crear en todos los órdenes del arte; el hombre nuestro es tan importante y tan complejo como el de cualquier otra latitud y de cualquier raza. Es menester, pues mirarlo, estudiarlo, soñar con sus sueños, sentir con sus sentidos y esperar con su esperanza. Todo lo que realicemos en este sentido, tendrá siempre un valor imponderable para lo que hagamos hoy y para lo que tengamos que hacer mañana, Rodeémonos de nuestra gente y cobigémonos con nuestra tierra esto es de más importancia que todos los vanos paisajes de mármoles y estatuas, que sobre nosotros soplan las huérfanas musas de otras tierras. Abiertos a las sustancias espirituales que nos vienen de fuera, rechacemos lo superficial, las decoraciones falsas, las flores de mustia belleza que nos traen un sospechoso olor de cementerio.

La poesía no es una función jubilosa: es una amarga función de conocimiento. Pertenece a un orden más alto e invisible. Abrió todos los paisajes. Su labor no está dirigida a confundir, a desviar, a deprimir el espíritu sino, por el contrario, a libertarlo. La poesía no es una exaltación inútil de visiones impregnadas de entusiasmo mental o amparadoras de ocurrencias momentáneas, sino una trayectoria humana sembrada de voces

cuyo eco alcanza el límite de dimensiones infinitas. El lenguaje lírico es el lenguaje humano por excelencia cuando se le utiliza en la plenitud de su poder y de su fuerza, cuando se le confía el mensaje que envuelve el diálogo de la sensación arterial con el destino. Porque no se puede olvidar —dijo Rafael Pombo— que el destino es el punto de convergencia de todas las angustias y alegrías del hombre; que éste es una actividad de espíritu y de sangre, y que la vida es una integración de angustias y alegrías.

Cuando Marinello afirma su creencia en la inefabilidad del suceso lírico, lo que hace es afirmar la verdad de la poesía como vida, como acontecimiento que hunde su raíz en la entraña de las sensaciones, en la experiencia misma que se deriva del conflicto sub-interno. Querer atribuirle a la poesía un simple cometido de "función de gala", es no sólo escamotearle su verdadero alcance sino prostituirla en su esencia y su sentido. Su trascendencia no puede medirse por la reacción que ella produce, sino por el soplo de vigor humano que la envuelve y por las ráfagas de evidencia que la hacen legítima. Adentrarse en el corazón de la poesía, es profundizar en los fondos y trasfondos de la personalidad del ser proyectada sobre el mundo y sobre la vida. Por eso el poeta es el animal receptivo por antonomasia, y está fatalmente obligado a devolver, en la pureza del grito lírico, la tremenda verdad de lo circundante, externo o interno. Siguiendo la sentencia de Bacón, hay que decir que la poesía es el hombre añadido a la vida.

En Pablo Antonio Cuadra la poesía es la razón de la existencia y el mejor camino para no extraviarse. A este respecto, aunque quizá exagerando un poco, de él podría decirse algo parecido a lo que dijo Jean Marie Carré de Rimbaud, o sea que si cambia de actos no cambia nunca de alma, permaneciendo sincero y lógico consigo mismo. Sin estridencias de mal gusto, pero también sin esa pseudo-humildad en que se atrincheran muchos, Pablo Antonio Cuadra ha vivido bajo la urgencia de fiebre del acontecimiento poético, al que le ha sido y le es fiel en todas sus manifestaciones y consecuencias. Porque, es a su lealtad irrestricta a la poesía, es a la intensa búsqueda de sí mismo y de las cosas que lo circundan, es a la creación del puente entre el hombre y las cosas, entre el hombre y el hombre, entre el hombre y Dios, ya que aquí la desertión es un síntoma muy sospechoso. La poesía no es una playa de veraneo ni un gimnasio para que hagan calistenia los señores aburridos o los jovencitos bien peinados. No. Y es que, como ya lo dijimos anteriormente, ella entraña una responsabilidad de raíces muy profundas.

Pablo Antonio Cuadra, que apareció para la poesía allá por el año de 1929 con sus "CANCIONES DE PAJARO Y SEÑORA", ha ido trenzando el diálogo ascensional de las emociones sin dejar de ubicarse a la orilla de la presencia y al norte de la equidistancia. Un temperamento y una conciencia de legítima alcurnia poética han orientado sus afanes por rutas inequívocas, al punto de que hoy podemos afirmar, sin temor de herir susceptibilidades, que el "precursor del clasicismo rural", como se identifica a Pablo Antonio, es el más alto exponente de la generación literaria de vanguardia de Nicaragua. Los torrentes poéticos de Pablo Antonio encuentran su más dilatado y profundo cauce en la vindicación del indio, en el amor a la Patria, en la "conquista de los ritmos propios de la lengua y del paisaje nativos". Mientras en México y Guatemala Luis Cardoza y Aragón y Raúl Leiva, respectivamente, han amarrado su vibrante poesía

al carro de la "cuestión social", Pablo Antonio Cuadra, con un profundo sentido de la misión de su obra, ha mantenido una actitud de elevación al alejarse del contagio de los desesperados arrebatos clasistas en el verso, que sólo han servido la poesía de vanalidades demagógicas. Sería necio, indudablemente, negar que el gran poeta que hay en Rafael Alberti es el que corresponde a la etapa precomunista, al de "Sobre los Angeles". Que el Pablo Neruda de "Veinte Poemas de amor y una canción desesperada" es infinitamente inferior al de "España en el corazón", es verdad que no se puede remitir a duda.

Como Carlos Pellicer y Torres Bodet en México y como muchos poetas suramericanos, Pablo Antonio Cuadra —igual que Drummond de Andrade y Eduardo Carranza— ha permanecido atento y fiel a su cometido lírico, distanciado en el fondo de preocupaciones de otra índole. Así su faena poética se ha ido desenvolviendo ordenadamente, sin precipitaciones violentas, acompasada siempre al sentir más vigoroso y al acento más puro.

Cada Selección poética de Pablo Antonio, constituye un nuevo hito en el camino de la superación del poeta y del hombre. Su poesía nace del pueblo y de la tierra nicaragüense, del suelo americano, y marcha hacia la patria universal del hombre. Desde "POEMAS NICARAGÜENSES", Pablo Antonio afirmó su inconfundible pasión por la poesía y divulgó su terrígeno empeño lírico. Las páginas de "Poemas Nicaragüenses" son testimonio y confesión; bronco grito del campista y argentina melodía de la tierra amada. Allí ya alcanza altas zonas de expresiva virtualidad y de pureza, como que la Poesía se hace de una transparencia elemental para decir la bondad eglógica de la tarde o para alertar a la muchacha que asiste al ordeño de las vacas. Después viene "CANTO TEMPORAL", una confesión lírica en donde acentúa mejor el irresistible impulso de su temblorosa pero firme voz de poeta. Liberado de la matraca de las rimas forzadas, este poema revela el acercamiento del poeta a una sutileza lírica casi ininteligible, impregnada de un hondo contenido humano, de ansias de infinito, de sensaciones apostólicas de convivio universal y por último, "LA TIERRA PROMETIDA", de reciente publicación en Nicaragua, nos trae en plenitud toda la verdad poética de Pablo Antonio Cuadra, para quien es lo mismo pasar la mañana del domingo arreando las vacas en compañía de Pedro Canizales y de Gumersindo, y cabalgando por las montañas chontaleñas o a orillas del San Juan, que deleitarse con la lectura de un buen libro o escuchando el tañer de las campanas y la severa voz del sacerdote.

Base firmísima del pensamiento de Pablo Antonio en todo orden de ideas, en filosofía, en política, en literatura, es su profunda fe católica. En una época materialista de vacilaciones, de dudas, de crítica negativa y demoledora, Pablo Antonio no ha trepidado jamás en su insospechable ortodoxia. La religión es a sus ojos no sólo elemento esencial de la sociedad, sino fuente primordial de la inspiración artística. El entendimiento de Pablo Antonio, es suficientemente vigoroso para no percibir la distinción de los disímiles conceptos filosóficos; y su sentimiento artístico asaz vivo y sincero para rendir tributo a la belleza doquiera que la encuentre. Pero su disciplinado criterio espiritualista no puede menos que presentarle, como axioma indiscutible, que el arte requiere como elemento esencial la idealidad, y que "todo ideal es siempre religioso porque todo ideal es en sí mismo superior a la materia y supone en quien lo concibe una elación, un arrobamiento".

Después de su fe religiosa, brilla en Pablo Antonio como principio director, su ferviente hispanismo, su culto a un sentido cultural integrador hispano-americano, y para él España no dejará de ser la **magna parens** de la civilización indoamericana. Y la veneración por la madre aviva en él el afecto por los hijos, los pueblos hispanoamericanos, hermanos gemelos nuestros, destinados a una misión providencial semejante a la de los imperios de Grecia, Roma y Francia.

Junto con el sentimiento religioso y este sentido hispanista de su americanidad, ofrece la obra intelectual de Pablo Antonio, el aspecto saliente y magnífico de **crítico**. En este punto, estamos seguros de ello, nadie puede disputarle la primacía en nuestro país. No pretendemos hacer la apología de Pablo Antonio, sino consignar a la ligera el verdadero valor que entraña su obra crítica. Ella es deleite y objeto de admiración de los lectores de "LA PRENSA", desde cuyas páginas se viene desparramando con regular pujanza hace algunos años. Y aunque es cierto que en muchos aspectos guardamos con él apreciaciones diferentes, no podemos sino reconocer que sus aspiraciones se encaminan a obtener para Nicaragua un reservado en el concierto de la "Crítica de Arte". Pablo Antonio puede considerarse como el único verdadero crítico de arte actual en Nicaragua; la magnífica administración de su perspicaz talento analítico lo va llevando espontáneamente al cultivo de un género que adquirió durante la centuria pasada un admirable desarrollo, enlazándose con la historia y la filosofía, y partiendo límites en ocasiones con las ciencias naturales. Cultiva Pablo Antonio la crítica de actualidad, esa que sigue día por día el movimiento intelectual y justiprecia los libros nuevos en el momento de su aparición, poniendo de manifiesto el pensamiento generador de la obra y el móvil trascendental a que ha obedecido la inspiración del artista.

Pero lo que imprime sello de particularidad al conjunto de la obra de Pablo Antonio Cuadra, es que en ella no hay cisnes a la Watteau, ni pañuelos y azahares como en la de Bécquer, ni niños sencillos como en la de Juan Ramón Jiménez, ni doncellas como en la de Francisco Bermúdez, ni mujeres presentes o lejanas como en casi todos los poetas del amor, de la angustia y de la muerte. En su poesía sólo se anota la intimidad del poeta con la tierra que habita, su amor a Dios y la presencia latente de nuestros 148.000 kilómetros cuadrados como único fondo y única ventana. Pero en la poesía de Pablo Antonio no aparece la tierra nicaragüense en su simple expresión de tal. Es la tierra en la multiplicidad de sus fases, y en su función de ampliar el espacio dimensional de la vida o la existencia, del hombre. Es la tierra en su totalidad de metales, sales, vehículos de transporte, ríos, montañas, volcanes, puentes, lagos, pescadores, campesinos, mendigos, peregrinos, ciudades, avenidas, rosas, cactus, caballos, sapos, trenes, pájaros, astros y sombras. Es la tierra en su visión cabal, completa. Pero la tierra sobre la que afirma sus pies la poesía de Pablo Antonio, que es quien verdaderamente está descubriendo a Nicaragua, no es el producto de la intuición, el presentimiento o el olfato, sino de una estrecha penetración espiritual y sentimental con la primitiva grandeza de aquel espectáculo, cuyas voces polífonas —de altura y superficie— siembran estremecimientos en la sensibilidad del poeta y lo convocan a instancias para el canto.

Pablo Antonio es un poeta eminentemente objetivo: observación que no ofrece novedad para quien haya frecuentado sus versos, pero que no

puede menos de consignarse en cualquier estudio que pretenda definir su personalidad artística. No quiere esto decir que el "yo", que tan odioso era a Leconte de Lisle y a otros parnasianos, esté ausente de los versos de Pablo Antonio; pues en no pocos poemas se destaca la figura del poeta en frente de panoramas que contempla y descubre. Pero hay mucha distancia de esta actitud a la del poeta intimista que aparta los ojos del espectáculo del mundo externo para sondear los abismos de su ser interior y revelarnos los secretos de su vida espiritual, a la manera de Sully-Prudhomme.

Pablo Antonio, aunque sin la pujante energía de José Eustasio Rivera, digno hijo del trópico, sabe ver y sentir la naturaleza y sabe hacernos participar de esa visión clara y luminosa del mundo exterior: canta lo que ha visto y sentido por sí mismo; lo que le es familiar desde su niñez; los parajes que ha recorrido; la luz que ha producido en su retina y en su fantasía una deslumbradora embriaguez; la ebullición de la vida en el seno de las montañas nicaragüenses que ha recorrido con Martín Zepeda y Gumerindo Hernández... Toda esta poesía tiene un color, un relieve, una vida, que revelan la impresión directa de los objetos, la experiencia personal, que no puede suplirse con lecturas ni con caprichosas invenciones.

Una crítica celosa hallaría, al examinar los poemas de Pablo Antonio, algunos versos menos felices que sus compañeros, alguna expresión ideológicamente extraña, algún rasgo crudo; y anotaría que no en todos los momentos el estro del poeta se halló a la misma altura; crítica útil cuando se hace con criterio elevado, y no con los rastreros propósitos de quien goza en hallar puntos opacos en un fondo luminoso, y pone su conato en ejercitar una "crítica ratonesca".

Pablo Antonio es un poeta masculino, hecho al rugido, no al llanto; habituado a los espectáculos imponentes y ásperos, más que a los que ofrece la naturaleza domeñada por el hombre. Sus versos tienen la resonancia del San Juan, a cuyas márgenes se ha sentado tantas veces el poeta solitario, ensayando templar su arpa al diapason de la voz augusta de la naturaleza. Su pluma es buril y es pincel; pero no limita él el horizonte de sus cuadros sino que, haciendo uso del gran poder de evocación de que dispone la poesía, agranda infinitamente sus perspectivas y rompiendo las barreras del mundo físico, proyecta sobre él la visión gloriosa de Jesucristo y de su Iglesia. Y es que, como dijimos antes, Pablo Antonio además de ser primordialmente un poeta, es fundamentalmente un católico apostólico romano.

Es cierto que para Spengler la religión no tiene un sentido divino, trascendente, superior a todos los caminos de la historia. Pero para nosotros sí, que no solamente nos encontramos en los albores de una cultura sino que participamos integralmente de la formidable afirmación de Europa de que el hombre debe tener una posición definida frente a Dios, y la cual aun hace estremecer sus catedrales y sus universidades, sobre la inmortalidad del alma. Es de esta afirmación de donde puede surgir la inmortalidad del poema. No importa que nuestra poesía sea oscura, caótica, sin profundos significados exteriores; tenemos ya algo que sí tiene un profundísimo significado. La poesía no se aprende, se crea, y sólo sobre esa posición definida en todo momento, del hombre frente a Dios, podremos realizarla. Ese sentido ya nos ha entregado un gran símbolo americano: la Virgen Morena, cuya imagen fue amasada con humus de la América que Dios nos reservó desde el primer día, cuando los océanos no habían empezado a sentir el tiempo sobre

sus oscuros lomos, y que es un símbolo de ese sentimiento de cultura que nos hace a la vez universales y auténticamente americanos. Su imagen india, imagen nuestra, cantada desde tiempos inmemoriales por los salmos proféticos, es una concreción pura y verdadera de nuestra fé, de nuestra esperanza y de nuestro amor.

La tarea que pesa sobre nuestros hombres de pensamiento, escritores y artistas, debe ser cumplida con la más profunda fe y con elevado orgullo americanista. La realización de este anhelo será posible poniendo a la disposición de nuestro continente todas nuestras energías, todas nuestras esperanzas, todos nuestros corazones. Sólo alejando de nuestra imaginación las sombras amontonadas del exotismo, sólo creando la frente de nuestro hemisferio con las brisas tempraneras del "conócete a tí mismo", con los vivificantes efluvios de la autointrospección, realizaremos el milagro maravilloso de encontrarnos a nosotros mismos.

Y recordando aquí al poeta ideal, a nuestro poeta, éste ya se encuentra en un mundo que vive con un sentido trascendente e inmortal; su sueño palpitante tiene ya un sentido que puede comunicar a otros hombres y a otras edades. La poesía, hermana del dolor y de la muerte por su poder de comunicarnos con lo eterno, debe entonces buscar una fisonomía propia, peculiar, con auténtica personalidad en la vida del arte.

Pablo Antonio Cuadra, al buscar para su obra un cauce esencialmente nacional, y por ende americano, se salva del pecado de entrar por puertas falsas al reino de la lírica por cuanto se propone el ingente cometido de hacer una poesía, quizá no de nuevas palabras, lo que importa poco, pero sí de nuevas esencias. Y así lo vemos que con naturalidad sorprendente, arregla su instrumento poético para entregarnos un mensaje lírico que es nuevo por el molde que lo recoge y nuevo por la pureza de la esencia que lo envuelve. Por este camino de buscarnos a nosotros mismos, encontraremos nuestro propio rostro, el rostro de nuestros hermanos de nuestros padres. Tenemos la verdadera tradición de la cultura occidental, que se encuentra estancada, porque sólo ha encontrado entre nosotros cauces falsos para su desenvolvimiento. Cultura que viene de Roma, que cruza por España y que nos vincula en la mente de Dios a los destinos de la latinidad. Es la hora, pues, de revelar al hombre, ya que de esa revelación vendrá la luz que ilumine el misterioso continente que vivimos, cuya carne salvaje espera la hora de la creación en el espíritu.